

Revista internacional de Teología CONCILIUM

e d i t o r i a l v e r b o d i v i n o



TEMA MONOGRÁFICO

GUERRA Y PAZ

Bernardeth Caero, Luca Ferracci, Danny Pilario
y Michelle Becka (eds.)

FORO TEOLÓGICO

Elias O. Opongo y Catherine E. Clifford

404

FEBRERO 2024

evd

Revista internacional de Teología

CONCILIUM



404

FEBRERO • 2024

TEMA MONOGRÁFICO

GUERRA Y PAZ

Bernardeth Caero, Luca Ferracci, Danny Pilario y Michelle Becka (eds.)

FORO TEOLÓGICO

Elias O. Opongo y Catherine E. Clifford

evd

Revista internacional de Teología CONCILIUM

Cinco números al año, dedicados cada uno de ellos a un tema teológico estudiado en forma interdisciplinar.

404

FEBRERO 2024

GUERRA Y PAZ

Bernardeth Caero, Luca Ferracci,
Danny Pilario y Michelle Becka

405

ABRIL 2024

RESURRECCIÓN

Margareta Gruber, Carlos Schickendantz,
Béatrice Faye y Gianluca Montaldi

406

JUNIO 2024

TEOLOGÍA Y SALUD MENTAL

Sharon A. Bong, Stan Chu Ilo y Susan Abraham

407

SEPTIEMBRE 2024

ORACIÓN

Anthony John Baptist, Catherine Cornille,
Geraldo De Mori y Stephan van Erp

408

NOVIEMBRE 2024

DANZA, ARTE, RESISTENCIA

Stefanie Knauss, Michel Andraos y Gusztáv Kovács



CONSEJO EDITORIAL

CONSEJO DE DIRECCIÓN

Susan Abraham - Presidenta
Sharon A. Bong - Vicepresidenta
Stan Chu Ilo - Vicepresidente
Margareta Gruber, O.S.F. - Vicepresidenta
Stefanie Knauss - Vicepresidenta
Carlos Mendoza-Álvarez, O.P. - Vicepresidente

FUNDADORES

Anton van den Boogaard †
Paul Brand †
Yves Congar, O.P. †
Hans Küng †
Johann Baptist Metz †
Karl Rahner, S.J. †
Edward Schillebeeckx, O.P. †

CONSEJO EDITORIAL

Susan Abraham	Berkeley-EE.UU.
Michel Andraos	Ottawa-Canadá
Antony John Baptist	Bangalore-India
Michelle Becka	Wurzburgo-Alemania
Sharon A. Bong	Bandar Sunway-Malasia
Bernardeth Caero Bustillos	Cochabamba (Bolivia)
Stan Chu Ilo	Chicago-EE.UU.
Catherine Cornille	Boston-EE.UU.
Gerardo Luiz De Mori, S.J.	Belo Horizonte-Brasil
Anne-Béatrice Faye CIC	Dakar (Senegal)
Luca Ferracci	Bolonia (Italia)
Margareta Gruber, O.S.F.	Vallendar-Alemania
Leonel Guardado	Nueva York-EE.UU.
Huang Po-Ho	Tainan-Taiwán
Gusztáv Kovács	Pécs-Hungría
Stefanie Knauss	Villanova-EE.UU.
Carlos Mendoza-Álvarez, O.P.	Ciudad de México-México/Boston-EE.UU.
Esther Mombo	Limuru-Kenia
Gianluca Montaldi, F.N.	Roma-Italia
Daniel Franklin Pilario, C.M.	Quezon City-Filipinas
Carlos Schickendantz	Santiago-Chile
Stephan van Erp, O.P.	Lovaina-Bélgica

SECRETARÍA GENERAL

Couvent de l'Annonciation
222 rue du Faubourg Saint-Honoré
75008 Paris (Francia)
Correo electrónico: secretariat.concilium@gmail.com
Secretario ejecutivo: Gianluca Montaldi, F.N.
Piazza de' Celestini 2/a, 40123 Bologna (Italia)
<https://concilium-vatican2.org/>



COMITÉ CIENTÍFICO

Regina Ammicht-Quinn	Alemania
Maria Pilar Aquino	Estados Unidos
Mile Babić, O.F.M.	Bosnia y Herzegovina
José Oscar Beozzo	Brasil
Wim Beuken	Bélgica
Maria Clara Bingemer	Brasil
Leonardo Boff	Brasil
Erik Borgman, O.P.	Países Bajos
Christophe Boureux, O.P.	Francia
Lisa Sowle Cahill	Estados Unidos
John Coleman	Estados Unidos
Eamonn Conway	Irlanda
Mary Shaw Copeland	Estados Unidos
Thierry-Marie Courau	Francia
Enrico Galavotti	Italia
Dennis Gira	Francia
Norbert Greinacher	Alemania
Gustavo Gutiérrez, O.P.	Perú
Hille Haker	Estados Unidos
Hermann Häring	Alemania
Linda Hogan	Irlanda
Diego Irarrazaval, C.S.C.	Chile
Werner G. Jeanrond	Suecia
Maureen Junker-Kenny	Irlanda
François Kabasele Lumbala	Rep. Dem. Congo
Karl-Joseph Kuschel	Alemania
Solange Lefebvre	Canadá
Mary-John Mananzan	Filipinas
Daniel Marguerat	Suiza
Alberto Melloni	Italia
Norbert Mette	Alemania
Dietmar Mieth	Alemania
Jürgen Moltmann	Alemania
Paul D. Murray	Reino Unido
Sarojini Nadar	Sudáfrica
Teresa Okure	Nigeria
Agbonkhanmeghe Orobator, S.J.	Kenia
Aloysius Pieris, S.J.	Sri Lanka
Susan A. Ross	Estados Unidos
Giuseppe Ruggieri	Italia
Léonard Santedi Kinkupu	Rep. Dem. Congo
Silvia Scatena	Italia
Paul Schotsmans	Bélgica
Elisabeth Schüssler Fiorenza	Estados Unidos
Jon Sobrino, S.J.	El Salvador
Janet Martin Soskice	Reino Unido
Luiz Carlos Susin, O.F.M.	Brasil
Elsa Tamez	Costa Rica
Christoph Theobald, S.J.	Francia
Andrés Torres Queiruga	España
David Tracy	Estados Unidos
Marciano Vidal	España
João J. Vila-Chã, S.J.	Portugal
Marie-Theres Wacker	Alemania
Elain M. Wainwright	Nueva Zelanda
Felix Wilfred	India
Ellen van Wolde	Países Bajos
Christos Yannarás	Grecia
Johannes Zizioulas	Turquía



CONTENIDO

1. Tema monográfico: GUERRA Y PAZ

Bernardeth Caero, Luca Ferracci, Danny Pilario
y Michelle Becka: *Editorial* 7

Enfoques interdisciplinarios

- 1.1. Burkhard Liebsch: *La guerra como anacronismo y amenaza aparentemente inevitable* 13
- 1.2. Sarah Louise MacMillen: *Guerra y religión: alienación y expiación* 27
- 1.3. Mary Ellen O'Connell: *La creencia en la guerra*..... 37

Tradiciones teológicas

- 1.4. John Baptist Antony: *«Shalom» en sus aspectos bíblicos* 49
- 1.5. Fabio Ruggiero: *Los Padres de la Iglesia ante la guerra* 61
- 1.6. Bernhard Koch: *Guerra justa y paz justa* 73

Experiencias y perspectivas desde diferentes contextos

- 1.7. Eli S. McCarthy: *La no violencia activa durante la guerra: implicaciones teológicas* 87
- 1.8. Alejandro Castillo Morga: *No violencia y resistencia en el pueblo chatino de Zenzontepec, Oaxaca, México*..... 99
- 1.9. Francisco de Roux: *Entre el dolor de la guerra en pedazos y el desafío de la comunidad mundial* 109

2. Foro teológico

- 2.1. Elias O. Opongo: *Conflictos africanos e intervenciones de paz: en busca de una paz sostenible* 125
- 2.2. Catherine E. Clifford: *La continuidad de la recepción de la «jerarquía» de verdades*..... 141

La gente anhela la paz, y como personas de fe también nos esforzamos por conseguirla. Imágenes bíblicas, teologías, teorías filosóficas y utopías ahondan en la idea de la paz. No es menor el *shalom* del Primer Testamento que nos promete una vida de relación justa y plena, en comunidad con los demás y bajo la protección de Dios. Conceptos contemporáneos de todo el mundo, como el *buen vivir*, alimentan estas ideas y las desarrollan aún más. Ya en los conceptos bíblicos, la paz no es concebible sin la justicia, y estas ideas se han desarrollado aún más. La paz y la justicia van de la mano. Deberían dar forma a nuestras sociedades, ese es el deseo y la pretensión normativa.

Pero a menudo la realidad es diferente. La paz y la justicia están ausentes, la guerra y los conflictos armados están muy presentes. Para la mayoría de la población mundial, los peligros de la guerra nunca han estado lejos: tanto los conflictos intraestatales como los interestatales determinan nuestro mundo. Hay guerras, como por ejemplo en Afganistán y en Yemen, guerras civiles en tantos países (como Siria, Sudán del Sur, Libia, Tigré, Chad, Congo y la guerra de los rohinyás), guerras de la droga (como en México y Filipinas) y tantos otros conflictos armados en el siglo XXI. Una de las últimas guerras¹, la guerra de agresión a Ucrania, que comenzó el 24 de febrero de 2022, representa un punto de

¹ Poco después de terminar este número, Hamás atacó Israel, otro conflicto que se ha convertido en una guerra con miles de muertos y heridos. Esta nueva y triste guerra no pudo incluirse en los artículos.

inflexión (no solo para los europeos) en al menos dos aspectos: es una guerra en medio de Europa y, como tal, muestra que el proyecto de paz de Europa no se sostiene sobre patas tan seguras como se creía o se quería creer. En segundo lugar, también muestra (una vez más) la inestabilidad del orden internacional: ¿De qué vale un orden político si, al final, el vecino más poderoso puede invadir al más pequeño? ¿Y qué se deduce de la presencia de esta guerra para nuestro pensamiento y para nuestra convivencia?

¿Cómo podemos mantener la esperanza de paz sin que se vuelva cínica (como cuando ignora el sufrimiento de la gente)? ¿Y cuál es la diferencia entre un nivel individual y uno estructural? La paz y el ideal de pacificación se reflejan de muchas maneras en la teología, y la paz es la perspectiva que guía este tema en la medida en que cualquier compromiso con la guerra pretende acercarse a la paz. Pero la guerra y los conflictos armados están tan presentes en nuestro mundo, destruyen vidas permanentemente, por lo tanto están en el centro de esta cuestión que refleja teológicamente el hecho de la guerra. ¿Cómo podemos afrontar la existencia de la guerra y los conflictos armados como la expresión más extrema de la injusticia? ¿Qué nos provoca la guerra? ¿Cómo desafía nuestro pensamiento teológico?

Nuestras contribuciones luchan por encontrar respuestas a estas preguntas. La tensión entre los posibles caminos a seguir, controvertidos en todo el mundo, también se refleja en las contribuciones. No ofrecen recetas para alcanzar rápidamente la paz. Pero muestran que existen diferentes niveles de agencia y diferentes agentes: algunos se centran en los Estados y el orden internacional, otros reflexionan sobre las posibilidades de la sociedad civil y también de la Iglesia. Diferentes lógicas y formas de pensar se asocian también a diferentes agentes: lógica diplomática o militar, reflexión moral, pensamiento teológico o consideraciones con vistas a intereses de grupo. Algunas se complementan, otras entran en tensión. Y, sin embargo, estas contribuciones defienden la idea de que, incluso frente a la guerra, debemos seguir pensando y luchando: por caminos, por comprensión, por un pensamiento apropiado.

Estructura y contribuciones

Forma parte del entendimiento básico de *Concilium* tener en cuenta las perspectivas de las distintas regiones y aprender de las diferentes experiencias y discursos. Las guerras y los conflictos armados están en todas partes, y la gente sufre en todas partes. Y, sin embargo, las causas, los discursos y las estrategias para hacerles frente son diferentes. En este número queremos presentar y debatir algunas de ellas, preguntándonos qué podemos oponer a la guerra. Intentamos abordar el problema de la guerra en tres niveles. En primer lugar, desde enfoques interdisciplinarios, nos preguntamos por los marcos heurísticos, qué significa la guerra hoy en día y qué narrativas configuran el discurso sobre la guerra. ¿Cómo podemos pensar de cara a la existencia de la guerra? En un segundo nivel nos preguntamos qué intentos de respuesta ofrece la teología, en el pasado y en el presente. ¿Podemos hablar de «guerra justa» y qué significaría esto? Y en un tercer nivel queremos ofrecer algunos puntos de vista (y por supuesto hay muchos más) sobre lo que la guerra significa para la vida de las personas y cómo la guerra y la violencia afectan a la vida y a la cultura. ¿Cómo se enfrenta la gente a ello y cómo resiste?

Como obertura, el filósofo alemán *Burkhard Liebsch* plantea la cuestión de hasta qué punto, con el telón de fondo de la criminal guerra de agresión de Rusia contra Ucrania, la guerra debe entenderse como una amenaza que sigue siendo inevitable. Se toma en serio que «uno, en virtud de una decisión soberana, puede amenazar con arruinarlo todo», pero advierte de que no hay que rendirse a la lógica de la guerra. Muestra cómo en la guerra toda política fracasa y cómo el pensamiento también amenaza con someterse a la guerra. Promueve un modo de pensar que niegue la guerra y subraya la necesidad de una comprensión adecuada y contemporánea del Estado, según la cual este debe admitir la violencia que ha ido de la mano de su historia y que sigue surgiendo de ella.

La socióloga estadounidense *Sarah Louise MacMillen* reflexiona sobre la relación entre guerra y religión, y aborda la tesis de que la religión es una causa importante de la guerra. Sostiene con Erich Fromm que en estos casos suele haber ya una comprensión problemática de la religión, a menudo en relación con la alienación. En

otras palabras, la religión inspira conflictos cuando crea formas culturales y psicológicas de dominación a través de aparatos mentales, que justifican el colonialismo, el imperialismo y la explotación, a menudo todo ello en nombre de fuerzas «civilizadoras». Fromm sugiere que cuando la religión lleva a los hombres a adorar ideas erróneas en lugar de lo divino y el sentido de comunidad, entonces crea alienación.

En su contribución, *Bernhard Koch*, teólogo y especialista en ética alemán, sostiene que la tradición de la llamada teoría de la «guerra justa» y el planteamiento de la ética de la «paz justa» no son conceptos antagónicos. Explica la compleja tradición de la «guerra justa» y los polifacéticos intentos de determinar cuándo y hasta qué punto puede justificarse en ella el uso de la fuerza. Demuestra que incluso el concepto de «paz justa» no excluye situaciones en las que es necesario plantearse si debe recurrirse a la violencia para evitarla en mayor medida. Pero, por supuesto, en esto la importancia de la prevención es mucho mayor y elabora con más fuerza el peso de la cultura de paz, la educación para la paz y las virtudes promotoras de la paz.

La abogada internacional estadounidense *Mary Ellen O'Connell* aborda con dureza la actitud de Estados Unidos ante la guerra. Ilustra cómo la creencia en la guerra como solución a los conflictos ha determinado cada vez más la historia desde la década de 1950. Se pregunta cómo cambiar la forma de pensar frente al realismo militar. Defendiendo una moral-legalidad basada en el pensamiento del derecho natural, intenta volver a un derecho internacional que tenga como finalidad la paz.

Una visión bíblica ofrece el erudito indio *John Baptist Antony*. En una visión general nos recuerda que la paz en sentido bíblico es mucho más que la ausencia de guerra. Habla de *shalom* en su aspecto relacional, centrándose en la justicia y la paz, sus aspectos existenciales.

Ya los primeros cristianos tuvieron que enfrentarse a la cuestión de cómo relacionarse con la violencia. El historiador de la Iglesia *Fabio Ruggiero*, de Italia, examina el problema de la guerra desde la perspectiva de una creciente corresponsabilidad de los cristianos en

la sociedad romana, especialmente después de Constantino el Grande. Expone cómo, en el creciente reconocimiento del papel desempeñado por el Imperio en la difusión del mensaje del Evangelio, se fue aceptando cada vez más que la esfera interna del mundo era la esfera en la que había que trabajar para apoyarlo.

En su contribución, el estadounidense *Eli S. McCarthy*, especialista en ética, reflexiona desde una perspectiva teológica sobre la posibilidad de la no violencia, y lo hace de forma muy concreta ante la guerra. Analiza cómo el papa Francisco ha profundizado en la comprensión de la dignidad humana centrandolo la no violencia activa como la forma de vivir de acuerdo con la dignidad y describe ejemplos impactantes de no violencia activa durante la guerra junto con algunos de los desafíos. También identifica implicaciones teológicas clave como la praxis del acompañamiento.

Francisco de Roux escribe desde una perspectiva colombiana, caracterizada por más de cincuenta años de conflicto armado y con la que él mismo ha estado intensamente comprometido como presidente de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad. En su reflexión sobre la guerra y la paz, se centra en el papel de la Iglesia. En estrecha relación con el papa Francisco, explica que la Iglesia debe estar al lado de las víctimas, asumir la responsabilidad por los demás y también comunicar este sentido de responsabilidad. Es su tarea colaborar en esa cultura de fraternidad que puede evitar el estallido de guerras.

Al esbozar seis conflictos actuales en el continente africano, el jesuita keniano *Elias Opongo* muestra lo complejos que son. Las causas, los factores facilitadores y los cursos son cada uno diferente, pero las consecuencias son siempre devastadoras. Opongo muestra que, para garantizar la sostenibilidad de la paz, es necesario prevenir el estallido, la escalada, la continuación y la recurrencia de los conflictos, así como idear sistemas de intervención más sólidos que sean más inclusivos y contextualmente relevantes, con enfoques multidimensionales para la resolución de conflictos y la consolidación de la paz.

Los conflictos no solo configuran las relaciones entre Estados, sino también entre comunidades y dentro de ellas. *Alejandro Castillo*, teólogo mexicano, utiliza el ejemplo concreto del pueblo chatino de Zenzontepec para reflexionar sobre cómo pueden resolverse pacifi-

camente las disputas en defensa de sus propias fronteras. Atribuye un papel importante a la teología (teología india) en este proceso porque, como teología política, es crítica con el poder y proporciona narrativas de resistencia no violenta.

En el *Foro teológico*, Catherine Clifford reflexiona sobre la *Unitatis redintegratio*, publicada hace 60 años. Analiza cómo el principio hermenéutico de la jerarquía de las verdades, tan importante para el diálogo ecuménico de las últimas décadas, ha permanecido en gran medida latente en la enseñanza católica oficial y en la práctica ecuménica hasta ahora, cuando el papa Francisco llamó al Dicasterio para la Doctrina de la Fe a «concentrarse en lo esencial» respetando y alentando los diversos carismas y corrientes de pensamiento. Esto implicará también un nuevo comienzo para el diálogo ecuménico entre la Iglesia católica romana y las demás Iglesias cristianas.

Al pensar en la guerra, no hay que olvidar a las víctimas de las guerras: los fallecidos, los dolientes, los que sufren y los heridos, los que lo han perdido todo, los hambrientos, los fugitivos y tantos otros. Nuestra simpatía y solidaridad con todos ellos.

(Traducido del inglés por José Pérez Escobar)

LA GUERRA COMO ANACRONISMO Y AMENAZA APARENTEMENTE INEVITABLE

Con el telón de fondo de la criminal guerra de agresión de Rusia contra Ucrania, se plantea la cuestión de hasta qué punto debemos percibir la guerra como una amenaza que no puede evitarse. La guerra no puede existir sin nuestra intervención. Y la forma en que se *ha* impuesto (especialmente en Europa) debería determinar decisivamente una comprensión contemporánea del Estado que no deberíamos obviar: ningún Estado parece ya legítimo si no reconoce la violencia que ha acompañado a su historia y que sigue surgiendo de él.

Hasta el día 24 de febrero de 2022 en que la Rusia de Putin comenzó a invadir Ucrania¹, el Occidente europeo pensaba que en gran medida carecía de enemigos en el plano internacional, y que, en todo caso, estaba todavía «rodea-

* BURKHARD LIEBSCH, catedrático de Filosofía de la Universidad de Bochum. Sus principales intereses de investigación son: filosofía social, teoría de la historia, fenomenología, hermenéutica.

Dirección: Ruhr-Universität Bochum, Institut für Philosophie GA 03/41, Universitätsstr. 150, D-44780 Bochum (Alemania). Correo electrónico: Burkhard.Liebsch@rub.de.

¹ Eso sí, después de mucho tiempo. Como es bien sabido, la agresión rusa comenzó de forma militar a más tardar en 2014. Aparte de esto, no puede haber ninguna filosofía de la violencia en general y de la guerra en particular que esté fundamentalmente por encima de los acontecimientos violentos y bélicos o que sea capaz de anticiparlos adecuadamente. En la actualidad (20 de enero de 2023), no sabemos a dónde nos conducirá esta guerra en un futuro próximo. Desde el derrocamiento de los potentados moscovitas –ya sea me-

do de amigos»². Y se esperaba que una vecindad europea pacificada también resultara irresistiblemente atractiva más allá de sus propias fronteras. Aunque habían permanecido armados hasta los dientes, el mismo día lamentaron el supuesto «regreso» de la guerra a Europa, aparentemente en la creencia de que hacía tiempo que se había retirado a otros lugares, a Oriente Próximo, África y Asia. ¿No deberían haber bastado dos guerras mundiales para impedir de una vez por todas que al menos los Estados europeos volvieran a provocar algo similar, dadas las inolvidables consecuencias? ¿No nos parece esta guerra un anacronismo flagrante que nos obliga a aferrarnos a lo que normativamente se reconoce como correcto, es decir, *al menos a* la prohibición de la guerra de agresión vigente desde 1928 (Pacto Briand-Kellogg)? ¿O hemos cedido a las ilusiones irenistas de una pacificación europea sostenible y no nos hemos dado cuenta de que la guerra sigue siendo una amenaza permanente en este continente y en todo el mundo, no solo gracias a la desafortunada doctrina de la *destrucción mutua asegurada* (MAD, siglas en inglés), que dio forma a las relaciones Este-Oeste durante la Guerra Fría y que aún hoy dista mucho de estar obsoleta, sino también por razones étnicas y de estrategia de poder que supuestamente surgen de los intereses de Estados e imperios? ¿No seguirán sus intereses contrapuestos evocando la amenaza de guerra en el futuro? ¿Es prudente y políticamente aconsejable prepararse para ello de antemano? Quien afirme esto, como innumerables «realistas», ¿no habrá afirmado ya la inevitabilidad de que nos veamos amenazados por la guerra y renunciado a oponernos radicalmente a ella?

diante un tiranicidio o un golpe de Estado iniciado por oligarcas que temen por sus beneficios— hasta la guerra nuclear, todo parece posible para muchos en la actualidad. Todo lo que sigue, con la debida brevedad, está sujeto a la salvedad de la inevitable provisionalidad, al igual que la cuestión de si la abolición de la guerra como anacronismo monstruoso está en la agenda política o si los que nos quieren hacer creer esto en realidad nos están engañando sobre la guerra si tenemos que percibirla como una amenaza permanente e inevitable. Véase, por ejemplo, Hans-Georg Ehrhart (ed.), *Krieg im 21. Jahrhundert. Konzepte, Akteure, Herausforderungen* (Baden-Baden 2017).

² Según una frase atribuida al expresidente alemán Johannes Rau, pero también a otros.

Pero ¿qué puede y debe significar hoy ofrecer una resistencia radical a «la» guerra? ¿Basta con seguir comprometiéndonos en el espíritu de Kant con la «paz perpetua», cuyos frutos, en el mejor de los casos, solo disfrutarán los que vivan mucho más tarde, si es que alguien llega a hacerlo? Mientras tanto, ¿cómo podemos aceptar que haya muchas más víctimas de la violencia armada y la amenaza continua de la guerra, sin ninguna perspectiva de poder abolirla por completo? Muchos se han acostumbrado a una multitud de las llamadas *nuevas guerras* que ahora se engloban bajo el término de *conflictos* y se normalizan semánticamente al mismo tiempo. Y todos aquellos que afirman haber sabido siempre que los pueblos han tenido que vivir siempre bajo el signo de la guerra y que los Estados y los imperios de la Edad Moderna no tuvieron más remedio que aumentar el potencial de violencia de que disponían hasta un grado casi inconmensurable, ya que no tenían otra cosa que esperar de sus adversarios. ¿Acaso no lo confirman hoy en día todas las potencias que poseen la prestigiosa bomba nuclear o que intentan adquirirla?

Seguimos enfrentándonos a esta situación; la guerra contra Ucrania no parece haber cambiado nada en principio. Pero a los ojos de los realistas, ahora debe disipar las últimas ilusiones de que la paz se ha logrado «por fin», al menos dentro de Europa. Esto también podría tener la peligrosa consecuencia resignada de que creamos que no se ha conseguido prácticamente nada si ninguna pedagogía pacificadora, ninguna pacificación jurídica y ninguna red internacional de instituciones (empezando por la ONU) pueden impedir eficazmente que *alguien* amenace con arruinarlo *todo* en virtud de una decisión soberana con el apoyo de una prensa uniformada y un ejército obediente, como ocurrió recientemente en Rusia. En este sentido, parece que seguimos estando a merced de la guerra como amenaza permanente y prácticamente «adictos» a ella (como dijo una vez el filósofo checo Jan Patočka³), sobre todo cuando nuestro pensamiento también está completamente subordinado a esta amenaza.

³ Jan Patočka, *Ketzerische Essays zur Philosophie der Geschichte* (Berlín 2010), 141-160 [trad. esp.: *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia* (Madrid: Encuentro, 2016)]; cf. Burkhard Liebsch, «Rückfragen einer erschütterten Vernunft», en *id.*, *Geschichte als Antwort und Versprechen* (Friburgo de Brisgovia-Múnich 1999), 90-114.

¿Se trata de un pensamiento que siempre ha sido y sigue siendo adicto a la guerra?

Desde tiempos inmemoriales, los pueblos han vivido en conflicto, luchando entre sí y en guerra entre sí. Y hasta el día de hoy, diversos autores defienden la opinión de que esto es, si no belicosamente afirmativo, sí sencillamente inevitable. En consecuencia, sería muy poco realista querer superar la guerra «de una vez por todas». No obstante, es demostrable que solo la modernidad hizo surgir un militarismo que pretendía orientar la vida política «a cada minuto»⁴ sin reservas hacia futuras guerras –incluso después del desastre de la Primera Guerra Mundial⁵–. Sin embargo, en su conmovedor texto *Die Kriege des 20. Jahrhunderts und das zwanzigste Jahrhundert als Krieg* [*Las guerras del siglo xx y el siglo xx como guerra*], Patočka no se limitó a cuestiones de diagnóstico actual, pues parecía querer decir que en aquella época no solo Alemania o Europa, sino el *pensamiento en general* era en gran medida adicto a la guerra, incluido el de los filósofos. Al mismo tiempo, su propia crítica a la misma señalaba una distancia que no es fácil de conciliar con este diagnóstico. Por un lado, Patočka se refería a Heráclito, quien afirmó célebremente que la guerra (*polemos*), como rey, domina todas las cosas o las produce como su padre⁶. Por otro lado, al parecer quería desarrollar una *forma de pensar* completamente *desarmada*, basada en la solidaridad de los «sacudidos» en y por la guerra, que, según él, tenían que decir «no» «a todas las medidas de movilización que perpetúan el estado de guerra»⁷.

Patočka no afirmó en absoluto una regla de guerra para resignarse sin más a una sumisión inalterable a ella. De hecho, sin tales medidas, no puede haber una guerra prolongada ni siquiera una *polemo-*

⁴ Stefan Zweig, «Ein Wort von Deutschland [1914]», en íd., *Die schlaflose Welt. Aufsätze und Vorträge aus den Jahren 1909–1941* (Fráncfort 1990), 30-33, aquí 30 [trad. esp.: *El mundo insomne* (Barcelona: Luis de Caralt, 1960)].

⁵ Stefan Zweig, «Das Feuer [1917]», en íd., *Die schlaflose Welt*, 90-111, 101.

⁶ Burkhard Liebsch (ed.), *Radikalität und Zukunft des Krieges. Bernhard H. F. Taurecks Theorie des Krieges in interdisziplinärer Diskussion* (Baden-Baden 2021); íd. (ed.), *Philosophical Theories of War*, en *Labyrinth* 23/2 (2021).

⁷ Patočka, *Ketzerische Essays*, 158.

cracia (Georg C. Lichtenberg). Para ello se requiere, entre otras cosas, una propaganda mentirosa que haga creer que la destrucción de los enemigos es la solución a todos los problemas más urgentes, un odio constantemente reavivado, una producción eficaz de armas a gran escala y una logística sostenible. La guerra, en otras palabras, nunca *prevalece por sí misma*, sin ninguna acción por nuestra parte.

Desde 1945, a raíz de la bomba atómica, parece que ya no puede haber ningún pensamiento que no se sitúe al menos a la sombra de la amenaza permanente de la guerra y que no tenga *también que relacionarse con ella*⁸. Desde entonces, la amenaza de guerra abarca de hecho el mundo entero, de modo que el distanciamiento *de la guerra*, como exige Patočka, solo es posible *en la guerra* o a la sombra de la amenaza permanente de *guerra*. Por lo tanto, este concepto debería entenderse, en efecto, de forma tan amplia como lo hizo Kant cuando describió el *estado de guerra* como un estado de «lesión» causado por la *amenaza constante de guerra*⁹. Pero como movilizados para la guerra, somos nosotros mismos quienes provocamos esta amenaza. En este sentido, el imperio de la guerra recae sobre nosotros mismos –sobre nosotros, que nos sometemos a ella dejándonos movilizar para la guerra, para que otros (si no nosotros mismos) puedan hacer la guerra en primer lugar–, una guerra que, sin embargo, tarde o temprano debe destruir cualquier ilusión de que puede librarse como un mero medio, sin evocar el peligro de escapar a cualquier control y parecerse cada vez más al agresor respectivo, si se considera un uso cada vez más masivo, excesivo y radical de la fuerza militar contra él.

En la actualidad, el futuro de las sociedades occidentales, en las que se está produciendo una remilitarización aparentemente anacrónica del pensamiento político en particular, se basa en gran medida en este peligro. Claros indicios de ello pueden verse fácilmente en el debate público sobre la resistencia de los modos de vida demo-

⁸ Bernhard H. F. Taureck y Burkhard Liebsch, *Drohung Krieg. Sechs philosophische Dialoge zur Gewalt der Gegenwart* (Viena-Berlín 2020).

⁹ Immanuel Kant, *Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf* [1795], en *íd.*, *Werkausgabe Bd. XI*, ed. de Wilhelm Weischedel (Fráncfort-Maguncia 1977), 191-251, 203 [trad. esp.: *La paz perpetua* (Madrid-Barcelona: Calpe, 1916)].

cráticos, sobre la defensa civil general al estilo de Finlandia y sobre la inversión de miles de millones en armamento. El objetivo es, obviamente, reforzar un verdadero «estado de defensa general peligroso»¹⁰, con la perspectiva de una completa destructibilidad mutua, como Stefan Zweig, a quien cito aquí, no podía prever en los años treinta.

Zweig no vivió para ver las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945. En la actualidad, más de 70 años después, todavía nos preocupa la cuestión de qué significa esta fecha, aparte de la rendición formal de las potencias del Eje¹¹, que selló el final de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello, la retórica política invoca en innumerables ocasiones un «punto de inflexión» provocado por la guerra de Putin, sin que quede claro hacia dónde nos «dirige» este punto de inflexión. ¿Quizás de vuelta a una época de militarización que ha enredado por completo el pensamiento político en una dinámica polemogénica colectiva entre poderes políticos que luchan por conseguir más y más poder a expensas de otros y que, en última instancia, ya no ven otra «solución» que la victoria «final» o la derrota final?

De hecho, la Comunidad Europea parecía haber superado esta lógica, al menos en sus relaciones internas, mientras que al mismo tiempo todos los europeos tenían que darse cuenta de que sus relaciones de política exterior seguían estando determinadas por la perspectiva disuasoria de la destructibilidad mutua. Esta constelación de superpotencias nucleares no ha cambiado hasta la fecha, a pesar de los diversos acuerdos de desarme celebrados entretanto.

En este contexto, el ataque a Ucrania por Putin representa un dramático fracaso político, económico, jurídico y también de vecindad europea. Nada habría podido evitar la guerra, que no llegó por sorpresa sino que ya se vislumbraba tras los sucesos de Chechenia, Georgia y Siria, sin ninguna política económica mutuamente beneficiosa con la perspectiva de pacificar las dependencias de unos y otros y ningún memorando vinculante como el de Budapest (1994),

¹⁰ Stefan Zweig, *Nehmt allen die Waffen weg, allen...* [1932], en *id.*, *Die schlaflose Welt*, 181-184, 183.

¹¹ Cf. Burkhard Liebsch (ed.), *Geschichtskritik nach '1945'. Aktualität und Stimmenvielfalt* (Hamburgo 2023).

en el que Rusia se comprometía a respetar la integridad territorial de Ucrania, que a su vez estaba dispuesta a que las armas nucleares que quedaban en el país tras el colapso de la Unión Soviética fueran transportadas a Rusia. Mientras Ucrania conseguía librarse del apocalíptico potencial de destrucción asociado a estas armas, Rusia las mantenía en sus manos como medio de intimidación final para sacar provecho de ellas.

Una de las consecuencias de este fracaso es la remilitarización que puede observarse actualmente, no solo en forma de entregas de armas que ya han tenido lugar y de planes de rearme a largo plazo y extremadamente costosos, sino también en el propio pensamiento político. Como resultado, ¿corremos el riesgo de volver a una política de violencia y poder que creíamos superada desde hace tiempo y de la que ningún pensamiento prudente puede mantener las distancias?

Ciertamente, el ataque ruso puso inicialmente a Ucrania en una situación de legítima defensa, que, según el entendimiento general codificado en el derecho internacional, le da derecho a defenderse con todas sus fuerzas contra los continuos ataques, bombardeos y destrucciones de todos los medios de subsistencia e infraestructuras civiles posibles. No se puede esperar que nadie aguante esto indefenso. Pero quien se defiende también corre el riesgo de enredarse en una dinámica de escalada mutua de la violencia que acaba evocando *el extremo*, como ya describía la teoría de la guerra de Clausewitz, aunque este no hubiera podido prever el futuro de la amenaza que suponen las nuevas formas de violencia.

En el contexto de la doctrina MAD, cuyas fatales perspectivas se actualizaron con la última guerra en suelo europeo, esta amenaza se nos antoja ahora –no por primera vez– completamente desesperada. Es de temer que, también en este caso, las llamadas potencias mundiales solo puedan escalar a partir de cierto punto, aunque no pueda preverse de antemano, por el camino fatal de una lucha por el poder que debe aumentar sin cesar para prevenir paranoicamente el peligro de ser subyugadas y, en última instancia, destruidas por una potencia extranjera. Entre esas potencias mundiales, Europa, bruscamente despertada de sus sueños de pacificación, busca su papel, desgarrada entre particularismos regresivos, por un lado, y fan-

tasías neoimperiales, por el otro, que ojalá nunca lleguen a imponerse. Necesitamos nada menos que otra potencia mundial que mantenga a raya a las demás siendo capaz de amenazar de forma creíble con recurrir a los medios de violencia más extremos «si es necesario» para imponerse ante cualquier resistencia. En esta confusa situación intermedia, Europa occidental cree que puede armarse contra los diversos imperialismos con resistencia e independencia económica, con tanques, drones, misiles y, si es necesario, búnkeres reactivados al servicio de la defensa civil en el caso de que no quede nada que proteger porque todo lo de fuera ya está bombardeado, contaminado bioquímicamente y con radiaciones nucleares.

¿Para qué tipo de guerra nos estamos preparando en serio? ¿Olvidamos lo vulnerables que son las sociedades técnicamente muy desarrolladas, como las de Europa occidental, que pueden ser en gran medida desmanteladas con unos pocos ataques selectivos contra su infraestructura electrónica, de modo que no pueda abrirse ningún mercado de alimentos, ningún banco pueda efectuar pagos ni pueda llevarse a cabo ninguna función administrativa? ¿Pueden seguir librándose guerras en sociedades cada vez más digitalizadas sin la amenaza de quedar reducidas a un nivel primitivo en un breve espacio de tiempo, en el que no se dispondría ni de agua potable, ni de alimentos suficientes, ni siquiera de refugios climatizados? En lugar de *limitarnos* a anticipar un futuro terrible y en cualquier caso imprevisible para protegernos lo mejor posible contra él y sobrevivir a los ataques del enemigo respectivo, deberíamos, en mi opinión, preguntarnos qué nos está ocurriendo ya ahora en la búsqueda de respuestas al desafío de la hostilidad neoimperial tal y como se nos está lanzando actualmente.

En la peligrosa vorágine de violencia y contraviolencia, ¿permitiremos que el enemigo «imponga la ley» (Clausewitz), es decir, que se nos diga que debemos defendernos simétricamente contra él, más o menos con los mismos medios y, en última instancia, también con medios biológicos, químicos y nucleares? ¿No amenaza esto con pararnos cada vez más al agresor, sin poder distinguirlo de él en el uso de toda la fuerza disponible? ¿Acaso las amenazas nucleares lanzadas por Rusia para intimidarnos y paralizarnos políticamente deben conducirnos a esto?